La Eucaristia 3

**La Eucaristía es un banquete festivo**

Ya en el siglo III, San Cipriano hablaba de la Eucaristía como celebración de un banquete de bodas, similar al banquete de Caná de Galilea, donde Cristo convirtió el agua en vino.

El concepto de comida sin más aditamentos es ambiguo y no es el más adecuado para designar la eucaristía, porque corre el peligro de ser entendido de manera individualista. La nutrición o la alimentación es un acto fundamentalmente biológico. El comer en principio es una acción egoísta de apropiación que excluye todo lo que sea compartir. Lo que yo como, lo hago exclusivamente mío. Los animales, por ejemplo, luchan ferozmente entre sí por apropiarse de la comida; hasta se matan entre ellos por un pedazo de carne. Los niños se disputan y hasta se pegan por un dulce que les gusta.

La comida solamente se eleva sobre el plan animal cuando el acto de comer se abre a la coexistencia, a la hospitalidad, es decir, cuando el acto individual de comer se transforma en un banquete fraternal. Cuando una mesa ocupa el centro de la comida, ésta comienza a cambiar de sentido. La mesa es signo de diálogo, de negociaciones, de relaciones interhumanas. El acto de nutrirse se humaniza cuando se realiza en un convite fraternal, en una mesa compartida. La comida se humaniza cuando el hombre es capaz de compartir su mesa y su comida con otros.

Jesús establece una estrecha vinculación entre el banquete eucarístico y el banquete del reino de Dios. El banquete del reino en las parábolas de Jesús aparece como una reunión festiva en torno a una mesa, que se abre a la comunidad entera, universal. Los siervos “salieron a los caminos y reunieron a cuantos encontraron, malos y buenos, y la sala se llenó de comensales”

. Esto era lo que Jesús intentaba realizar en las comidas durante su existencia terrena y, sobre todo, en su última cena, cuando él habla de su reino.

**● La Eucaristía no es una comida privada**

La eucaristía no es una comida privada o aislada; en la eucaristía nunca se come solo; la eucaristía es fundamentalmente un banquete fraterno, una comida de fiesta grande en torno a una mesa compartida, que da un nuevo marco al acto de comer el cuerpo de Cristo. Los alimentos son importantes (el cuerpo y la sangre de Cristo) pero solamente cuando están encuadrados dentro de un convite fraternal, capaz de convertir estos alimentos que recibimos en dones para los demás, en amor que se comparte y se reparte, en testimonio eficaz de vida y en compromiso con los otros cristianos. Cuando comemos juntos, reconocemos al otro como hermano, como amigo, como miembro de mi familia. Celebrando juntos la eucaristía, reconocemos a todos los hombres y mujeres del mundo como miembros del único y verdadero cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, el cuerpo eclesial de Cristo. Y reconocerles significa amarles, ayudarles, servirles, interesarme y preocuparme por ellos. El sacramento de la Eucaristía no radica exclusivamente en el pan y el vino aislados en sí mismos, sino en el pan y el vino en cuanto asumidos y utilizados por una comunidad que se sirve de ellos como “dones”, es decir, como instrumento y vehículo de interrelación y de comunión interhumana.

Nuestro ideario dice:

“El amor es para todo. Quienes aman de verdad, como ocurre en las comunidades Eas, están dispuestos a compartir lo que sienten, lo que piensan, lo que deciden, lo que hacen y lo que son, hasta el punto de luchar para llegar a “formar un solo ser”, como los cristianos de las primeras comunidades”

**● Alrededor de la mesa nace el diálogo**

De la Eucaristía tiene que nacer nuestra capacidad y nuestra voluntad de diálogo sincero y respetuoso en pareja y en comunidad. El diálogo es el único camino para llegar a ser comunidad de vida. El diálogo exige apertura a ideas y a compromisos nuevos; en el diálogo se superan las suspicacias, que nacen donde hay vida; donde no existe vida no existen tampoco malentendidos. En el diálogo, que nace de la Eucaristía, se realizan transformaciones insospechadas y los sueños se transforman en realidades. Necesitamos soñar con un mundo mejor que el actual y conseguir que nuestros sueños se vayan realizando.

En un banquete de fiesta disminuyen las distancias y se crea una sintonía mayor entre los comensales, se olvidan las rencillas y se crece en armonía. En el banquete eucarístico, que hace presente el misterio de la redención como la mejor declaración de amor de Dios hacia nosotros, el amor entre los invitados tiene que llegar hasta el heroísmo, “un amor para siempre y para todo”. Las Eucaristías domésticas tienen una misión trascendental en la vida de nuestras comunidades. De ellas nace el entusiasmo y el compromiso para llegar a ser una auténtica familia, aceptando nuestras diferencias, que las hay y las habrá siempre.  Las diferencias aceptadas son signo de madurez y de riqueza en el amor. La unión tiene que ser siempre más fuerte que la opinión.

1. **Eucaristía y los pobres**

Celebrar no es colocarse en un lugar irreal. Se celebra la Eucaristía desde la realidad, con su complejo entramado de éxitos, de luchas y de conflictos, pero depositaria siempre de las promesas del Señor. Las celebraciones exigen una gran dosis de espiritualidad (sólo los limpios de corazón podrán ver a Dios), y una gran dosis de creatividad para conseguir que todos los signos representan nuestra vida real.

Juan Pablo II dice en su encíclica “La Iglesia vive de la Eucaristía”:

“Muchos son los problemas que oscurecen el horizonte de nuestro tiempo. Baste pensar en la urgencia de trabajar por la paz, de poner premisas sólidas de justicia y solidaridad en las relaciones entre los pueblos, de defender la vida humana desde su concepción hasta su término natural. Y ¿qué decir, además, de las tantas contradicciones de un mundo globalizado, donde los más débiles, los más pequeños y los más pobres parecen tener bien poco que esperar? En este mundo es donde tiene que brillar la esperanza cristiana. También por eso el Señor ha querido quedarse con nosotros en la Eucaristía, grabando en esta presencia sacrificial y convival la promesa de una humanidad renovada por su amor”

Me parece que en los últimos años se habla menos en la Iglesia sobre la opción por los pobres. Quizás porque algunos tienen pánico a las palabras vacías que abundan también en la Iglesia. Estas palabras son frecuentes cuando hablamos, por ejemplo, sobre la radicalidad evangélica o sobre la opción por los pobres en un ambiente de vida marcado por el consumismo y por las seguridades materiales. La cumplamos o no, la opción por los pobres es algo esencial e irrenunciable. Hay que seguir hablando sobre ella con humildad y honestidad

Hoy, más que antes, se une la pobreza que vive una gran parte de la humanidad, con la justicia social. No basta preocuparse de la pobreza; lo que está en juego es la justicia y la defensa de los derechos inalienables de la persona humana.

**● La promoción de las realidades terrestres**

La promoción de las realidades terrestres, su análisis objetivo y la denuncia respetuosa pero enérgica de las estructuras injustas y anacrónicas sigue siendo un reto ineludible de nuestras comunidades.

“Los Eas, en primer lugar, promoverán las realidades del mundo: le ecología, la salud, la vivienda, la educación, el trabajo, la economía, la política…”

.

La globalización actual tiene consecuencias positivas y negativas, Nos sentimos más cercanos los unos a los otros y podemos comprender mejor nuestras diferencias. Pero la globalización genera pobreza, humilla la dignidad de los pueblos que tienen pocos recursos, impone un único modelo económico neoliberal y margina las culturas, los pueblos y los grupos que no sirven a sus intereses. La globalización y sus consecuencias nefastas para los estratos más pobres es un fenómeno que permeabiliza nuestra realidad actual y ante el cual nosotros tenemos que reaccionar por medio de una mayor solidaridad.

No es simplemente el cuerpo y la sangre de Cristo lo que se hace presente en la Eucaristía cuando el sacerdote pronuncia las palabras de la consagración. Lo que se hace presente es “el cuerpo de Cristo entregado por nosotros” (éste es mi cuerpo que será entregado por vosotros) y “su sangre derramada por nosotros” (ésta es mi sangre que será derramada por vosotros). Estas fueron las palabras de Cristo durante la cena pascual; al día siguiente, el viernes santo, su cuerpo fue entregado y su sangre fue derramada por la salvación del mundo. El cuerpo de Cristo que se hace presente sobre el altar es un cuerpo que se da, que se inmola, que se entrega y una sangre derramada en el Calvario por nosotros y por todos. Es el cuerpo y la sangre redentora de Cristo, la vida y la persona de Jesús dada, entregada y ofrecida en oblación por todo el mundo.

Por esto los evangelios dan al relato de la multiplicación de los panes un tono eucarístico. En este gesto de Jesús que parte, reparte y comparte el pan, las primeras comunidades cristianas vieron el misterio del mismo Cristo como una gran multiplicación de panes, es decir, como un pan partido, repartido y compartido por toda la muchedumbre.

**● Culto y fraternidad humana**

Los primeros cristianos entendieron muy bien que no se podía celebrar este banquete festivo sin comprometerse con los pobres. Ponían sus bienes y su dinero en común. Luego, en días determinados hacían una comida para todos. Comenzaban con la celebración de la Eucaristía y, al terminar, se reunían para comer juntos, aportando los ricos los manjares y siendo invitados los pobres que carecían de todo; todos comían lo mismo.

Más tarde este gesto se concretizó en otro gesto más sencillo. Durante la celebración eucarística se presentaban y se ofrecían alimentos que después se distribuían entre los más necesitados. Se llamaban las “ofrendas”, el mismo nombre que tenemos ahora. Estas ofrendas eran dones en especie y en metálico e iban dirigidas en su mayor parte a solucionar las necesidades de los pobres.

De este modo la Iglesia vivía la unión estrecha, que existe entre el culto y la fraternidad humana, sobre todo con los más necesitados. Desgraciadamente esto se fue perdiendo al pasar del tiempo y la comunión de la Eucaristía quedó reducida a una comunión espiritualista, de mi yo individual con Cristo. Perdió su sentido de donación y de entrega concreta de lo que nos es propio para ayudar fraternamente a los hermanos más indigentes.

Actualmente en una de las plegarias eucarísticas decimos:

“Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana,

inspíranos el gesto y la palabra oportuna

frente al hermano solo y desamparado.

Ayúdanos a mostrarnos disponibles

ante quien se siente explotado y oprimido.

Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor,

de libertad, de justicia y de paz,

para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando”

.

**● La meta de la Eucaristía**

El culto a la Eucaristía no es una meta de llegada, sino que es algo así como un puente que debe conducirnos siempre a un mayor compromiso con el mundo y, sobre todo, con los más pobres y carentes. Este es el gran desafío que debemos aceptar cuando celebramos o participamos en la Eucaristía.  La meta de la Eucaristía es formar y robustecer a la Iglesia. No existe nada que oculte más la presencia de Dios y de la Iglesia en el mundo como la pobreza inmensa de gran parte de la humanidad y la perenne violación de los derechos más fundamentales de la persona humana, que hace que para muchos el mundo no sea habitable.

La opción por los pobres, que tantas veces ratificó Juan Pablo II como opción prioritaria de la Iglesia es un esfuerzo por mirar al mundo desde el punto de vista de sus víctimas. La opción por los pobres no es una opción contra los que no son  pobres, sino un reto y un desafío para ellos.

La situación actual de la sociedad no es tan optimista como lo eran algunos textos de la Gaudium et Spes.  La violencia, que vivimos y las nuevas esclavitudes de mucha gente, nos hacen conscientes de que todavía no habitamos la “nueva tierra”, la casa de la justicia. En el mundo se levanta continuamente un clamor de redención y de liberación de este estado de servidumbre y violencia. La persona humana debe ser liberada de toda forma de alineación y de toda opresión, sobre todo de la privación económica, de la marginación social y política e incluso de la presiones sicológicas. Es necesario despertar la conciencia de los marginados para que el pueblo sea capaz de llevar a cabo su propia liberación.

Este aspecto está conectado con la Teología de la liberación, pero tiene sus raíces en las encíclicas sociales de los Papas. Nuestra constitución 5 cita la exhortación apostólica de Pablo VI “Evangelii Nuntiandi”

:

“Es inaceptable que en la evangelización se pueda o se deba pasar por alto la importancia de los problemas, hoy tan debatidos, que se refieren a la justicia, la libertad, el desarrollo y la paz en el mundo. Sería olvidar la lección que da el Evangelio sobre el amor al prójimo que sufre y pasa necesidad”

:

La Iglesia, dice Benedicto XVI en su Encíclica “Deus caritas est” no trata de sustituir al Estado, pero no puede quedarse al margen de la justicia. La política no es un quehacer inmediato de la Iglesia; conseguir una sociedad justa no es obra de la Iglesia, es obra del Estado. La doctrina social católica no busca dar a la Iglesia un poder sobre el Estado; pero promover la justicia y el bien común será siempre una preocupación fuerte de la Iglesia; la Iglesia debe despertar las fuerzas espirituales sin las cuales la justicia no podrá prosperar nunca y debe formar las consciencias de los cristianos para que cada persona esté preparada para asumir su responsabilidad social. Una Iglesia silenciosa traicionaría su misión.

Corresponde a los miembros laicos de la Iglesia, dice el Papa, participar directamente en la vida pública. La caridad debe ser vivida como “caridad social”. Como ciudadanos del Estado, los cristianos laicos están llamados a participar de persona en la vida pública del Estado

.

La Eucaristía no significa una huida de la realidad y de los problemas actuales de la humanidad, sino que nos ayuda a afrontarlos de cara con una actitud nueva. No se puede vivir la espiritualidad de la Eucaristía sin sentirse solidarios, real y efectivamente con el mundo de los pobres. La solidaridad, no es un sentimiento superficial y vago por los males que sufren tantas personas cercanas y lejanas. Al contrario, es la determinación firme y perseverante de trabajar por el bien común, es decir, por el bien de todos y cada uno. Porque todos somos responsables de todos.

Juan Pablo II en su Carta Apostólica Mane nobiscum Domine del año 2004 decía:

“Hay otro punto aún sobre el que quisiera llamar la atención, porque en él se refleja en gran parte la autenticidad de la participación en la Eucaristía celebrada en la comunidad: se trata de su impulso para un compromiso activo en la edificación de una sociedad más equitativa y fraterna. Nuestro Dios ha manifestado en la Eucaristía la forma suprema del amor, trastocando todos los criterios de dominio, que rigen con demasiada frecuencia las relaciones humanas, y afirmando de modo radical el criterio del servicio… ¿Por qué, pues, no hacer de este Año de la Eucaristía un tiempo en que las comunidades diocesanas y parroquiales se comprometan especialmente a afrontar con generosidad fraterna alguna de las múltiples pobrezas de nuestro mundo? Pienso en el drama del hambre que atormenta a cientos de millones de seres humanos, en las enfermedades que flagelan a los Países en desarrollo, en la soledad de los ancianos, la desazón de los parados, el trasiego de los emigrantes. Se trata de males que, si bien en diversa medida, afectan también a las regiones más opulentas. No podemos hacernos ilusiones: por el amor mutuo y, en particular, por la atención a los necesitados se nos reconocerá como verdaderos discípulos de Cristo. En base a este criterio se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas”

.

Hélder Cámara decía:

“¿Qué me intereso por los pobres? Desde luego, que, amando a todos, debo tener, a ejemplo de Cristo, un amor especial por los pobres. En el juicio final todos seremos juzgados por el tratamiento que hayamos dado a Cristo en la persona de los que tienen hambre, de los que tienen sed, de los que andan sucios, magullados y oprimidos”.

**LA EUCARISTIA ES UN BANQUETE FESTIVO**

Preguntas para la reflexión:

▪ Qué hacemos y qué podríamos hacer para promover más las realidades terrestres, como nos indica nuestro Ideario?

▪ Nos sentimos solidarios con quienes sufren las consecuencias de la injusticia humana y viven a nuestro lado?

▪ Compartimos con generosidad nuestros bienes con los pobres por medio de la comunidad?